



# LA VISPERA

DAVID M. TELLECHEA SANTAMARTA

El verano nos envuelve. La víspera de la festividad. Sol y golondrinas. Y aquí, subiendo por las Agustinas. Todavía se huele a hierba. Y algún grillo, chirría con intermitencia.

Desde Centolen, el pueblo es un agujero punteado de casas. Y la torre de la iglesia, como siempre. Aguja pétrea. Emerge erguida. Y un ojo del reloj, se adivina. Guardián celoso, del tiempo que corre.

Pasan automóviles, intrusos en la tarde eterna y tranquila. Y la tapia del cementerio. Deja a los muertos, con su soledad. Al otro lado. En otro mundo, quizás.

Allí se quedaron, quienes otrora también sintieron la víspera. En sus corazones, aún latientes de renterianismo. Y amor por su "txoko". El cohete, el Centenario, la Santa...

Algunos con sus voces, potentes y timbradas. Emocionadas y sentidas, en cualquier caso, las de todos. Cantaban la Salve, la Misa. Cecilio, Vittor, Nicanor, Iñaki, Bom, Ceberio, Huici...

Pienso que a pesar de todo, no faltarán esta tarde a la cita. Depende de nosotros. Que los llevemos en nuestro recuerdo. Y les dejemos interpretar, con nuestra partitura compartida. La perpetua canción de la amistad...

\* \* \*

Los caseríos se desparraman por las lomas del valle. Quedan muy pocos bosques ya. El sol pega con fuerza. Y una pareja de bueyes, se afana en labrar una ladera. Estampa milenaria de fuerza y poderío. Tierra de sudores y esperanzas.

Quizás nuestros árboles yazcan en el fondo de los mares. Esqueletos de galeras poderosas. Que, de alguna manera, llevaron la simiente de nuestro pueblo allende los mares. ¡Cuántos apellidos compartidos con nuestros hermanos del Nuevo Mundo!

Y así las lluvias, pudieron erosionar la cuenca del río. Y sus sedimentos hicieron retroceder al mar. Dejando como recuerdo de nuestro pasado marino, antiguos blasones esculpidos en casonas centenarias.

Una ligera brisa envuelta en salitre, nos recuerda la cercanía de las aguas, que se adivinan, a lo lejos. Casi fundidas con el azul del cielo.

El río no se ve desde aquí. Pero duele recordar su imagen mortecina y pestilente. Constantemente apuñalado a su paso, por detritus y porquerías. Hasta conseguir matarlo, una y otra vez. Cada segundo.

La ermita de Zamalbide ha quedado atrás. Con su sencillez, de años. Y de historia nuestra, querida por siempre. Y allá al fondo, se adivinan las moles de cemento. Erguidas cual esqueletos inexpresivos. El pasado evocador, la quietud y la naturaleza, quedaron a nuestra espalda. Lo otro, camino abajo.

Y la autopista. Cicatriz de chapas y plástico. Que corren incesantes por el asfalto. Hormigas afanadas en ir a cualquier parte, desde cualquier sitio. Ronroneo continuado de motores a tope.

La otra ermita. La de la Santa. Parece un pegote anacrónico, en medio de la vorágine. Huele a siglos. De lágrimas evocadoras. La víspera. Hoy. Luego. La Salve...

Ya todo está preparado. El bullicio. La banda. Un gentío...

A pie del Ayuntamiento. Tensión. Gritos. Silbidos. La tarde, ha subido en temperatura. Y las golondrinas centellean con sus revoloteos, cerca del campanario.

Suena el cohete. Explosión de júbilo. Y la música, entrañable, arranca lágrimas del corazón. Y el griterío se funde con la emoción.

Nada ha cambiado y nada es igual. Todo es distinto. E idéntico a otras veces. Nosotros somos aquellos que nos precedieron. Y los que vendrán después. A pesar de los años que dejan huellas. En el espíritu de todos los que hemos sido en este pueblo.

Y a través del cristal de la esperanza. Miramos al futuro que habrá de ser construido por todos nosotros. Y por aquellos que con amor a su tierra, se han convertido en semilla fecunda. Y descansan en paz. Allá arriba, por las verdes lomas. Al otro lado de la tapia.

El "Centenario" desaparece tras una esquina. La fiesta ha comenzado...